

Morir para vivir La (in)certidumbre del espacio (in)civilizado

Yolanda Salas*

Plomo al hampa y cadena perpetua plantea el viceministro de Seguridad Ciudadana. Desmiente que el Gobierno esté en campaña de exterminio, pero afirma que protegerá a policías y ciudadanos que, en defensa propia, ultimen a delincuentes (El Nacional, 2001[a]: D-1).

Cinco mil reclusos se niegan a ingerir alimentos y solicitan beneficios procesales. Presos de siete cárceles amenazan con huelga de sangre. El ejecutivo no permitirá que violadores, asesinos y atracadores abandonen los penales para salir a la calle (El Universal, 2000: 4-14).

Familiares de presos hacen vigilia frente a (la cárcel de) La Planta. Los familiares de los internos del Retén de La Planta continúan en vigilia frente a las instalaciones del penal (...) y mantienen cerrado el paso de vehículos en la zona, mientras los reclusos prosiguen la huelga de hambre. Las mujeres que permanecen frente al retén de La Planta aprovechan la oportunidad para rechazar las declaraciones del viceministro de Seguridad Ciudadana, que según ellas, calificó de alimañas a los presos y dijo que no permitiría que salieran en libertad (...) Por otro lado otro familiar de otro recluso refutó la consigna del alcalde mayor “plomo al hampa”. Pues agregó “Somos seres humanos y sólo Dios tiene derecho a dar y quitar la vida” (El Nacional, 2000: D-8).

“En mi vereda se la pasan los encapuchados de una banda, y al que la dirige lo llaman Condorito. A él le mataron al padre por allá por el Central Madeirense en venganza porque mató a otro. La vida en el barrio ha cambiado mucho, me dice mi madre. Cuando ella llegó aquí tenía 13 años y el barrio se llamaba Párate Bueno. Se podía entrar y salir a la hora que uno quisiera y se podía dormir con la puerta abierta. Ser pobre no quería decir que uno tuviera que vivir como los animales o entre criminales” (Dagnino, 2001: 4-1).

“Una noche tocaron la puerta de la casa y preguntaron por Arturito. Él salió y lo mataron allí mismo, en el frente de la casa. Nunca supimos por qué. Al otro lo mataron viniendo de una fiesta. En el barrio no hay una

* Investigadora de tradiciones orales, imaginarios y representaciones colectivas. Mg. en Literatura de la Universidad Simón Bolívar. Estudios especializados en el Departamento de Folklore de la Universidad de Bloomington, Indiana.

madre que no tenga el dolor de haber perdido a su hijo justa o injustamente” (Dagnino, 2001: 4-1).

“Un rancio y penetrante olor a orines es lo que ambienta las clases en el liceo Luis Espelozin, en Catia. A los niños de sexto grado, no les queda otro remedio que hacerse pipí en los rincones del aula ya que los baños no funcionan y las cloacas están colapsadas. El charco fétido es la evidencia irreductible de la desidia y la indolencia que prevalece en el sistema educacional venezolano y que ha dado pie a que recrudezcan con intensa fuerza los disturbios estudiantiles. Esto no justifica el que los alumnos amenacen a los profesores del plantel diciéndoles “Los vamos a ensartar en un palo y convertirlos en pinchos. Los vamos a quemar vivos”. La violencia se va gestando con la misma arrogante perversión con que las larvas incuban en los charcos arrinconados” (Weffer Cifuentes, 2000: 8).

“Vivimos como unos perros. La situación de nosotros es comparable a la vida de unos perros. Puede ser que los perros vivan mejor que nosotros. Si no nos ayudan, moriremos abandonados en una acera como unos perros. Nuestro futuro es incierto” (TAL CUAL, 2001: 16).

“La vida no vale nada. El hombre acá (en la cárcel) adentro no tiene alma. La violencia del caraqueño es como un patrimonio, nacemos así. Una vez que se ha atracado y se ha tenido que matar para sobrevivir, hay que seguir luchando para no caer en el hoyo más profundo que es la cárcel, donde la muerte es otra cosa”¹.

“Pero hay algo sobre nosotros, no sé si son los astros, que hacen que un muchacho prefiera un arma a un libro, es una atracción... los niños jugando hoy en día, pom, pom, pom. Te voy a matar, y nacen y quieren una pistola. Yo he tenido que enterrar a mis hermanos, a mis amigos, ya el formol me apestaba. Eso es una cadena, y al final de cuentas, cuando llegamos a este lugar (la cárcel) no somos nadie fuerte, eso es mentira. Nosotros somos fuertes allá afuera...”.

“Para mí la experiencia que tuve cuando (el golpe fallido de) Chávez fue también una experiencia grande, estuve cerca de la muerte también. Eso fue una experiencia grande, pelear por otra persona, buscándose la muerte. Se estaba defendiendo por la guerra que había, por los aumentos, por todo, por la democracia que hay ahorita en Venezuela, por eso es por lo que se estaba peleando, por eso que nosotros también nos pusimos a pelear. Todavía no se ha logrado nada, todo sigue igualito, hasta más peor, porque los Presidentes quieren apoderarse de todo, y el pobre sigue siendo más pobre. Yo quisiera que el pobre surgiera, que el rico también fuera rico, pero supiera hacer sus cosas, que tuviera con la pobreza también como uno. Uno está pobre y eso no sirve para salir adelante”.

“Guerrero es una persona que cuida su vida, que tiene que matar para sobrevivir. Ahora, somos guerreros sin guerra, pero seguimos siendo guerreros. Si se nos ataca se nos verá nuestra faceta”.

“Llevamos esa marca así. Entonces cómo hace uno para reivindicarse ante la misma sociedad, si la sociedad no quiere que uno se reivindique. Como dijeron por ahí que somos un cementerio de personas enterradas vivas acá. Entonces la sociedad en la calle nos ve de esa manera”.

“Porque la mayoría de nosotros los jóvenes pobres no tenemos las posibilidades de un desarrollo y un progreso buenos. Entonces tenemos que recurrir mucho a la delincuencia, robar para poder sobrevivir. Aunque no es la mejor forma, pero es lo más fácil. Fácil porque uno tiene que salir a robar porque uno se encuentra necesitado en la casa, porque uno es pobre. Pero es aterradoramente fácil, porque cuando sales ya tú estás dispuesto a matar o a que te maten. Ahí uno puede perder la vida. Puedes matar a un policía o puedes matar al dueño de los reales o lo pueden matar a uno. Eso es lo aterradoramente fácil”.

“La delincuencia no nace, se hace. La vida hace que uno se comporte así. A la justicia no le pido nada porque a ellos no les importa nada. A los jóvenes deben darnos una oportunidad. ¿Cómo rematar (encarcelar) en 20 años a uno de 18 años? Unos están sanos, otros tienen problemas mentales, muchos están mal de la mente y no son tratados. No se da ayuda psicológica para cuando uno salga a la sociedad”.

“La sociedad no deja que uno se regenere y sigue uno en la misma vagabundería. La sociedad es la que se vive allá afuera, es la comunidad, esa es la sociedad, la persona que repudia el hecho que uno cometa un delito. Pero no repudia en ningún momento a los que en realidad les quitan el pan de la boca a los pobres, a los niños que están pasando calamidades ahorita. Eso no lo repudia la sociedad. Los mandatarios cuando llegan a la cima, ponen a pasar hambre al pueblo y se enriquecen ellos, y enriquecen a su familia y se llevan todo lo poco que hay en el país. Esos sí son criminales”.

“Es criminal quien quita la vida por un par de zapatos. Es criminal quien quita la vida a un padre de familia, pero es más criminal el que hace que se mueran tantos niños desnutridos en el país. Han acabado con nuestra patria. Y si Bolívar existiera ellos serían los primeros que fueran a la guillotina”.

“Delincuentes somos los pobres, pero los ricos no son delincuentes, porque los ricos visten bien, comen bien. Como los políticos, los políticos son más delincuentes que nosotros pero no los llaman delincuentes. Si a ver vamos eso que “todo aquel que quebranta la ley es delincuente”, pero eso es mentira, porque los políticos quebrantan la ley más que nosotros. No se les llama delincuentes sino se llaman políticos, por no decirles delincuentes de cuello blanco”.

“La delincuencia comenzó con Colón, ellos comenzaron a robar nuestra tierra, empezaron a abusar de nuestras mujeres. Allí empezó ese ejemplo. ¡Si ellos no hubieran venido! Ellos, los del otro continente ultrajaron a este continente. Allí comienza la delincuencia. Españoles, portugueses violaron, ultrajaron, robaron, asesinaron. Vino la defensa y la delincuencia siguió con la defensa”.

“Los delincuentes nacen por el sistema en que se desarrolla su vida. Por lo menos los que vivimos en barrios, uno se ha acostumbrado a ver a otras personas delinquiendo. En ese sentido lo que se necesita es un empujoncito para delinquir, uno crece viendo esas cosas. Yo conozco personas que empezaron robando zapatos a los doce, y ya tienen 25 y son asaltantes de banco. Así se evoluciona (del robo) de los zapatos (al robo) del banco. Hay otro tipo de evolución los que se degradan, “los azotes de barrio”, que son los que consumen droga en la vía pública, los que incomodan a todas las personas, inclusive a la misma gente que los rodea. Todo es una evolución, se llega así por desarrollo, por etapas, pero en el caso de ellos es una involución”.

Ciento ocho homicidios fueron reportados en un fin de semana largo. Seis personas fueron asesinadas en una fiesta en un barrio de Caracas. Secuestrada una familia en Bello Monte por “tres sujetos” que tenían como objetivo robar la joyería propiedad de los afectados. La cuenta es interminable. En resumen, voceros oficiales reportan 7.779 homicidios ocurridos en el país a lo largo del año 2000...

Son las cifras del terror que por fuerza de la costumbre se hacen neutras y asunto rutinario. Mientras tanto, la conciencia colectiva se hace insensible al dolor porque el miedo la invade, la congela, y la incertidumbre le impide discurrir. Ante la violencia, las voces reflexivas callan, se ocultan tras los muros de la inseguridad porque la muerte está a la vuelta de la esquina, se sabe que hay licencia para matar y la justicia se hace más efectiva por propia mano.

Las cifras del terror, investidas de indiferencia, ocultan el espanto y dolor de aquellas voces que viven en medio de la violencia en una Venezuela bañada en sangre, donde la inseguridad apremia a todos sus habitantes, aunque el mayor número de muertos lo aportan las clases empobrecidas, residentes en sus barriadas que, acordonando lo que nos imaginamos como la ciudad, continúan apegadas a e invisibles en su espacio de exclusión, sobreviviendo al lado de quienes nos imaginamos ciudadanos de un tejido social estructurado y estable.

Las cifras alarmantes de homicidios que cotidianamente señala la prensa evidencian una involución y desarticulación social; informan ciertamente el número de abatidos en enfrentamientos ya sea contra las fuerzas policiales o entre las ban-

das mismas “por ajuste de cuentas”. Sin embargo, por haberse convertido en hábito, los números ocultan el poder y el impacto del testimonio que yace detrás de ellos. Los fragmentos y testimonios que inician este artículo han sido extraídos unos de la prensa nacional y otros grabados en el interior de una cárcel, con el fin de rescatar la complejidad de sentimientos y sensibilidades alojados detrás de los cómputos.

Ciertamente, tanto el discurso público como el privado están marcados por la violencia. Si unos piden “plomo contra el hampa” y la aplicación de normativas severas para los delincuentes, los otros, los transgresores, han ido forjando una cultura oculta de resistencia y subversión forjada en la violencia misma que genera la exclusión: ese lugar donde la humanidad pierde su identidad y dignidad. Y las comparaciones con la naturaleza animal son posibles. Se vive una “vida de perros” y la existencia se percibe bajo imágenes animalizadas. Cabe preguntarse: ¿cómo habitan en la memoria colectiva esas cifras vaciadas de significados de compasión por el otro, donde los sentimientos ante la muerte y la matanza se limitan a pedir castigo para el trasgresor, pero se silencia el clamor por una vida mejor para aquellos que tan sólo conocen las vivencias de la precariedad derivadas de la desigualdad social?

En el contexto de la masacre y de la violencia, la identidad del sujeto desaparece. Su historia, su biografía, queda resumida en la simple enunciación de una cifra. Las formas utilizadas para nombrar son genéricas: “caídos”, “abatidos”, “el occiso”. La noticia se limita al recuento de los acontecimientos donde los nombres, o mejor aún, los coloridos sobrenombres de los “presuntos” homicidas, aparecen mencionados para que el relato se diferencie de los publicados los días anteriores. Es más importante reportar el número de balas que penetraron y se alojaron en el cuerpo ya cadáver y anónimo, que penetrar en la historia dolorosa de su vida, en la fabricación social del delincuente y en la violencia estructural a la que fue sometido. Tampoco es importante descubrir el dolor de sus familiares, en particular de la madre, ante la pérdida del hijo. Tan hijo suyo como el otro, que muy probablemente no es delincuente, pero comparte el mismo espacio de incertidumbre.

Las noticias o relatos que nos ofertan los periódicos en sus páginas no transmiten la comprensión necesaria para penetrar la complejidad del asunto. Los muertos en situación de homicidio son todos iguales a la luz de las estadísticas de la violencia, a menos que una de las víctimas sea persona importante, en cuyo caso la identidad y su relevancia son historiables, o en aquellos sucesos que rebasan el límite del escándalo y la anomalía. La aberración se vuelve noticia y la identidad del sujeto se recupera entonces por la vía de la total desviación.

Al quedar el sujeto anulado en la cotidianidad de la masacre, la resonancia del dolor del terror se calla. Se gesta, como consecuencia, la indiferencia, y se acrecientan la rabia y el resentimiento. La violencia crece entonces en una espi-

ral que agiganta sus diámetros en cada una de sus vueltas. La rabia se suelta y toma las calles junto a la desesperación ante la indefensión. Para imponer el orden que el Estado no ofrece, aparecen los grupos de exterminios que toman la justicia por propia mano, o la comunidad misma aplica la ley del linchamiento.

Señala Segura en su ensayo *Reflexión sobre la masacre* que “los muertos son todos iguales a la luz de las estadísticas”. Lo que los diferencia “no es su dimensión numérica, sino la forma como habitan en nuestra memoria. Las formas violentas de su muerte no son más que las formas múltiples de nuestras intolerancias: las memorias de su muerte y los silencios de los que sobrevivimos no son más que mudas caras reflejando nuestras indiferencias” (2000: 40).

En una marcha por la vida ocurrida recientemente en la ciudad de Caracas, señala un diario de circulación nacional que “una multitud multitudinaria (sic) declaró a grito tendido la guerra contra el delito y la impunidad”. “Miles y miles de ciudadanos acompañaron al gobernador Mendoza” (*El Nacional* 2001[b]: D-1) en esta marcha, uniendo sus voces en un coro que clamaba por la vida, por acabar con la impunidad, y pidiendo una revisión del recién reformado Código Orgánico Procesal Penal² cuya aplicación liberó las cárceles abarrotadas de prisioneros en espera de sentencia. La manifestación no se limitó a corear su “sí por la vida y no por la muerte” y su “ya basta de violencia”, sino que también escenificó el terror. Carrozas –a semejanza de las usadas durante los días festivos del carnaval– transitaron por las calles con representaciones de la muerte, la justicia sorda, los delincuentes liberados y una inmensa y amenazante pistola negra.

Recorro un conocido y próspero centro comercial del este de la ciudad de Caracas, donde la globalización consigue buen alojamiento. Dejo de lado un lujoso supermercado que oferta desde salmón fresco recién importado hasta rosas traídas de Colombia y Ecuador. Paso al lado de atractivos cafés y ferias de comida donde la variedad culinaria abunda. Me aturde la música metálica que sale vociferando de una de las tiendas y que se confunde con la que acompaña a unos jóvenes patinando sobre hielo en una pista de plástico blanco que simula hielo, en medio de un escenario tropical con algo de follaje. Continúo mi recorrido y justamente en medio de dos comercios que ofertan todo tipo de celulares y compiten entre sí por capitalizar el mayor número de usuarios de telefonía inalámbrica, me encuentro con una tienda que despliega, sin encubrimiento alguno, su aviso de “Armas y municiones”. Me asomo con asombro, curiosidad y miedo. Veo una exhibición de balas de diferentes tamaños, limpias, resplandecientes, con un brillo que atrae la vista y hace olvidar la sangre. Veo pistolas, rifles, miras telescópicas. Comprendo que no domino los términos para nombrar la mercancía. Recuerdo de inmediato que en otra zona comercial de otra urbanización, ubicada a una distancia de escasos diez minutos en carro de donde me encuentro, también hay una tienda de armería. Supongo que hay suficiente clientela para que ambas se encuentren funcionando. Asocio las tiendas con la cercanía de una suerte de

club que tiene como centro de actividad un polígono. Me pregunto: ¿cómo serán percibidas allí las fronteras entre el deporte y el entrenamiento para la autodefensa? ¿Será una forma de doblegar el miedo y prepararse para la sobrevivencia? Pensé igualmente que antes también existían las armerías, pero había cierto disimulo en su puesta en escena. Ahora puedo comerme mi Mc Donald's en el mismo centro comercial donde puedo comprarme mi arma...

Trato de aprehender el fenómeno de la violencia que me rodea. Releo los resultados de una encuesta publicada en un diario nacional. "Un 36% de los encuestados piensa que los ricos se hicieron robando, mientras que un 31,3 cree que fue gracias al trabajo duro. Para un 12,1%, los ricos lograron hacerse ricos por favores del gobierno, mientras que 8,3% cree que fue por herencia, 7,3 por suerte y 4,4 por contactos o relaciones" (*TAL CUAL*, 2001: 17). La evidente preponderancia de una representación social que ubica la obtención de la riqueza a partir de las nociones de robo, clientelismo y favoritismo, por encima de la concepción de trabajo, ofrece un modelo de conducta colectivo alejado de las pautas o normativas ideales del buen ciudadano, para la fabricación de un espacio público basado en el modelo cívico.

Si por un lado es fácil entender que la pobreza no produce ciudadanos, pues sería un idealismo exigir sacrificios a individuos que todavía no son ciudadanos porque primero deben cambiar las circunstancias de sus vidas privadas³, por otro lado, la convivencia con representaciones sociales colectivas sobre la obtención de la riqueza de los otros, basadas en un conjunto de valores condenables, se convierte en un atolladero para la construcción de un espacio civil basado en la paz. El discurso y las prácticas de los gobernantes no han probado ser eficaces en la legitimación de un orden y moral públicos, pues el comportamiento corrupto de muchos dirigentes políticos, junto a la complicidad de una elite complaciente, la impunidad al peculado, la circulación alegre de sumas importantes de dinero proveniente de los ingresos petroleros y préstamos internacionales, han ido sentando las bases de representaciones sociales e imaginarias que legitiman el comportamiento trasgresor y delictivo de un sector de la población que se siente excluido de la sociedad. De este modo, entre peculado y robo a mano armada, se establecen continuidades y modelajes eficientes de conducta.

Para comprender las nuevas realidades sociales violentas que están actuando en las entrañas del país, es importante penetrar las formas en que los actores del conflicto social se perciben a sí mismos. En el caso de Venezuela, queda planteada la pregunta: la delincuencia, su alto índice de incidencia y su comportamiento social violento ¿están siendo una forma de protesta y revancha, de pugna y disidencia? Es importante aprehender los discursos ocultos que se enuncian en el espacio privado y que de forma disfrazada se oponen a o reproducen las prácticas y valores reales (no ideales) actuados en el espacio público. Porque una moralidad pública desgastada pierde su legitimidad, a la vez que se ofrece como mode-

lo de comportamiento colectivo basado en la desviación. Como guerrero que batalla por la sobrevivencia se percibe el delincuente a sí mismo en la cárcel, y sus voces condenan a una sociedad corrupta e individualista que no se ocupa del bienestar social de las mayorías.

El delito se cubre de valores éticos y políticos, el crimen se justifica como una forma de redistribución de la riqueza; de esta forma se le recuerda a la sociedad las deudas sociales vencidas hace tiempo. Si bien es una rebeldía prepolítica que no conduce al cambio ni a la revolución por carecer de conciencia y de formas de organización políticas, ciertamente está transformando conciencias, creando sensibilidades y sentimientos de movilización.

Cuando el delito encuentra su justificación social y el Estado se hace ineficiente para resolver los problemas de la sociedad, la justicia se hace inaplicable; surge en consecuencia la sociedad (in)civil y se crea la ética de la violencia criminal. John Keane señala que el tema de lo incivilizado surge como la gran paradoja del proyecto civilizatorio occidental cuando en su lugar se da paso a una ingobernable sociedad incivil. Guerras genocidas y ataques terroristas disputan la atención de esa aspiración de ciudadanía que cotidianamente se ve amenazada más de cerca por otras formas específicas de violencia, como el robo bajo amenaza de muerte a manos de bandas gansteriles armadas, el sicariato, los secuestros, estados o pueblos vecinos que se desangran en las guerras más inciviles donde historias de asesinatos crueles y cuerpos mutilados se dejan oír y ver para asentarlos en los anales de la barbarie ignorada (Keane: 1996).

Si el civismo es el arte de dirimir conflictos públicos o de vivirlos sin optar por la violencia, y la violencia por el contrario es la liquidación del otro y la ausencia del diálogo, la negación de implicarse con el Otro, obviamente nos encontramos residiendo en un inmenso espacio que se sobrepone por encima del espacio público civil para dislocarlo y desplazarlo. Es precisamente en ese espacio dislocado y de la ilegalidad, que cada día se agranda más para estrechar con mayor efectividad al espacio público, donde afloran los sistemas u organizaciones paralelas: los paramilitares, las fuerzas policiales de exterminio, el poder del crimen organizado y de las mafias, inclusive la formación de para-estados que actúan dentro de y yuxtapuestos a otro Estado, como es el caso de Colombia.

En ese espacio que hemos llamado “dislocado” se instaura la sociedad (in)civil, armada y organizada, en constante enfrentamiento y ejerciendo el poder de la violencia. Este dislocamiento se introduce también en el espacio privado, imponiendo su especial sistema de valores. Las raíces de estos desplazamientos son múltiples. Para su comprensión cultural, sin embargo, es importante develar esos discursos ocultos⁴ gestados en el seno del grupo social dominado, que sirven de basamento para la subversión, resistencia o dislocación de los espacios.

Bibliografía

- Dagnino, Maruja 2001 “Matar y vivir por la droga”, en *El Universal* (Caracas) 18 de Febrero, 4-1.
- El Nacional* 2000 (Caracas) 25 de Septiembre, D-8.
- El Nacional* 2001[a] (Caracas) 14 de Enero, D-1.
- El Nacional* 2001[b] (Caracas) 6 de Junio, D-1.
- El Universal* 2000 (Caracas) 20 de Septiembre, 4-14
- Escalante Gonzalo, Fernando 1992 *Ciudadanos Imaginarios* (México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos).
- Keane, John 1996 *Reflections on Violence* (Londres-Nueva York: Verso).
- Salas, Yolanda 2000 “Imaginarios y narrativas de la violencia carcelaria”, en Rotker, Susana (ed.) *Ciudadanías del miedo* (Caracas: Editorial Nueva Sociedad).
- Scott, James C 2000 1990 *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos* (México: Ediciones Era).
- Segura, Juan Carlos 2000 “Reflexión sobre la masacre”, en Devalle, Susana (comp.) *Poder y cultura de la violencia* (México: El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y Africa).
- TAL CUAL* 2001 (Caracas) 3 de Abril, 16.
- Weffer Cifuentes, Laura 2000 “Pólvora y Pupitres. La violencia recrudescida en los liceos”, en *TAL CUAL* (Caracas) 28 de Noviembre, 8.

Notas

1 Este y los siguientes son testimonios fueron grabados en una conocida cárcel de Caracas durante el año de 1996. Para una visión más completa de los imaginarios de la violencia véase Salas (2000).

2 Es importante señalar que la reforma del Código Orgánico Procesal significó un cambio de visión: antes se era culpable hasta que se demostrara lo contrario. En el código reformado, es esencial probar primero el delito.

3 Este tema tiene que ver con la construcción de ciudadanía y sobre la estructura de la moral pública. Para ahondar el tema, véase Escalante Gonzalo (1992).

4 James C. Scott señala que el discurso oculto es una forma de lenguaje político (de poder) de los subordinados, cuyo escenario está fuera del alcance de la mirada intimidante del poder hegemónico. Allí es posible el surgimiento de una política claramente disidente, y agregaría yo que es también posible que estas formas de resistencia tomen otros derroteros cuando estas formas son penetradas por antivalores irradiados desde la esfera de la dominación y que contradicen el interés comunitario (Scott, 2000: 43 ss).